

sendos *equipales* á la puerta de la casa; el misterio de la noche les envolvía con amor; brillaban en la obscuridad las luciérnagas evolucionando en su parábola misteriosa; les llegaban confundidos el rumor de la fuente, el aroma del huelle de noche, el rasgueo de una vihuela, los efluvios



de un huerto cercano y las risas de unos niños. Sin saber á qué hora ni por qué causa, el muchacho alzó del asiento y le dijo á Flavia, cubriéndola de besos las manos y el rostro:

— ¡Flavia, yo te quiero, te quiero de amor!... ¡Quiéreme, quiéreme... ó me muerdo por ti!

— ¿Pero, estás loco? dijo ella con sorna.

— ¡Sí, loco estoy, loco de amor!...

— Si te pones tonto se lo digo á mi tía.

Pepe no supo qué contestar; pero sintió temor de que su madre llegara á averiguar aquellas cosas y se estuvo taciturno y lleno de mal humor hasta que no le llevaron á dormir.

Al día siguiente se encontró á Flavia tan alegre como siempre, sin vestigio de su enojo de la noche anterior, mientras él se acoquinaba y afligía como si estuviera arrepentido de sus arrestos. Años después Pepe averiguó que Flavia había contado el caso á su madre, y que ella, asustada y llena de miedo, le dijo medio enérgica, medio sollozante:

— Flavia, por Dios, que veas lo que haces: esas son cosas tuyas; tú has embrujado á mi hijo poniéndole como cosa fácil lo que no puede ser, lo que no será...

— ¡Pero, tía de mi alma! contestó la otra volada; ¿qué puedo haber hecho yo para alentar á Pepito? ¡Lucida quedaba yo aplicándome á conquistar un mocosuelo á quien le llevo diez años!

— Pues sea como fuere, Flavia, hija mía, hija de mi corazón... si algún beneficio me debes, si crees, como aseguras, que haya sido para ti, más que tu madre, no le des un disgusto al niño... no me le mates...

— ¡Pero, tía!



— Así murió el primo Felguérez: á los catorce años se enamoró de una mujer que le vió con desprecio, y el día menos pensado se exprimió una pistola.

— ¡Jesús, qué horror!

— ¡Sí, qué horror y qué responsabilidad para ti!

Y debido á aquel sermón la prima consintió en jugar á los novios con su primo, permitiéndole que la besara, que le hiciera caricias y que de noche se durmiera en su regazo diciéndole la vieja cantinela:

— Flavia, cuéntame cosas... cosas de amor.

Un año habría pasado de aquella vida cuando el advertido galán empezó á notar que frecuentaba la casa el famoso capitalista don Juan Francisco Rojas, viejo, ventrudo, antipático y con un aliento... que merecía se dijera de él lo que la marquesa de Montespan decía del de Luis XIV.

A pesar de sus pocos años, no dejó de darle mala espina al chicuelo que el maldito carcamal hubiera tomado á tarea el obsequiarle con medicitos nuevos y el alabar su manera de recitar fábulas y de leer trozos de prosa en el libro del padre Jaén; pero cuando abrió los ojos del todo fué un día que oyó á las criadas que, reunidas en claustro pleno en el cuarto de la plancha, decían como glosando algo que ya había pasado en autoridad de cosa juzgada:

— La pobre niña Flavia... Aunque el don Juan Fran-





... yo no me casaría con él ni porque me pesara en oro.

cisco esté podrido en pesos, yo no me casaría con él ni porque me pesara en oro.

— Yo sí, advirtió la cocinera, que calzaba menos puntos de romanticismo que la recamarera; yo sí me casaría no más por tener mi buen forlón y mis criados que me sirvieran al pensamiento.

— ¡Yo, no, qué capaz de la mañana! dijo la costurera: tan viejo y tan desigente; dicen que le han de dar la carne mascada porque no tiene dentadura.

— Y que regaña á uno por lo más mínimo.

— Y que es tan miserable... que ni cuando le dan en el codo suelta la mano.

— Como ser codo, es codo: se vive de cuenta-chiles, y teniendo sus trojes apretadas de maíz manda poner en el cepo á los pròbes que se encuentran tirada una mazorquita.

— ¡Ricos malditos! rugió el mozo que estaba medio dormido cerca de la puerta y bañado por un chorro de sol que entraba por la ventana.

La planchadora dió dos ó tres golpes en la mesa, acabó de asentar dos pañuelos, cogió una plancha, la hizo chirriar aplicándole saliva, y luego, con ademán conciliador, dijo mientras extendía un túnico que estaba ya empapado en almidón:

— Pero ¿qué quieren que haga la pobrecita? Yo lo siento al par de mi alma; pero, como ella dice: «¿qué



hago yo, Fabiana, sin padres, sin hermanos, sin nadie que me haga caso? Estoy como la pluma en el aire y no hay quién de mí se duela»... Como la pobrecita (añadió Fabiana mientras contemplaba la humareda que levantaba la punta de la plancha), como la pobrecita es hija bastarda, pues apechuga con el don Rojas porque no tiene otro remedio... Pero, chist, dijo al notar la presencia del niño; vámonos callando, que hay gente grande.

Pepe no necesitaba más para figurarse que acababa su bienestar. Pensó en matar á Flavia, en matar á don Juan Francisco y en matarse; pensó en escribirle al viejo algún anónimo morrocotudo que le pusiera en autos acerca de la conducta de su novia; pensó en hablarle aparte demostrándole que tenía relaciones amorosas con la chica y pensó en cien mil cosas; pero en lo que nó llegó á pensar fué en afligirse, ni en agachar cabeza, ni en pedir misericordia: su instinto le decía que su madre y su novia y el novio de su novia estaban jugando con él y procurando atenuar el golpe que habían de dispararle.

Por eso, y obrando de acuerdo con lo que le ordenaba su pudor, se hizo el desentendido y cuando le propusieron marcharse á la hacienda de unos primos que deseaban travesear á caballo y darse gusto por unos días, la madre consintió en que fuera y él estuvo conforme en dejar la casa, pues sólo así haría papel decoroso en aquella coyuntura.

El día de la boda (que ya sabía de buena fuente) no tomó venganza de nadie: tomó una borrachera que le enfermó durante varios días. Fué su primer desengaño amoroso.

Pero aquella aventura fué sólo cebo é incentivo que le llevó á acometer otras muchas. No veía mujer casada, soltera ó viuda á quien no persiguiera con sus insinuaciones amorosas. En los libros que leía, en las conversaciones que escuchaba, en los sucesos diarios que solía presenciar, encontraba tela para sus discursos, motivo para sus enredos, solución á las objeciones que le dirigieran, inagotable y fecunda mina de embustes, artificios, discreteos y armas para el ataque y la defensa.

Tuvo las aventuras más extravagantes con mujeres imposibles por su fealdad, con mujeres inatacables por su virtud, con mujeres que parecían estar fuera del comercio amoroso por sus años, por su estado ó por su acritud. Casadas, viudas, niñas, viejas, pobres, ricas, descreídas, beatas y hasta monjas eran los manjares que constantemente engullía.

— Se ha refinado la raza de los Amadores... decían santiguándose las gentes.

— Este muchacho es de lo que no trajo Allende en la maleta.

En mala hora para el conquistador murió el pobre Brambila; la viuda no tardó en seguir sus pasos, y José,



que ya no era feo, ni antipático, ni enfermizo, sino guapo, elegante, bien criado y un real mozo, como se complacían en repetir las mujeres, se halló de la noche á la mañana sin blanca y sin manera de tenerla honrada ó apicaradamente.

Pasaba los días del luto encerrado *en la casa que fué de su morada*, como decían las esquelas de defunción, y sólo por las noches salía de rúa en compañía de amigos oficiosos que deseaban distraerle.

Una de esas noches, pasando por la casa de un famoso político y abogado conocidísimo en la tierra, oyó la más linda voz que hubiera escuchado nunca, acompañada de un pianillo de mala muerte, que resonaba con dulzura que no se aguardaría de él.

Detúvose José á escuchar el canto, vió por la ventana la silueta de una joven blanca de rostro, elegante de cuerpo, de ojos zarcos y saturados de pasión, y como si alguien se lo hubiera ordenado en su interior, se propuso conquistarla lleno de verdadero amor por la simpática criatura.

Referir los amores de Brambila no es tarea fácil; baste decir que los padres de la novia, alarmados al considerar el auge que adquiriría el noviazgo aquel, determinaron traerse la niña á México.

Una noche (no hay que olvidar que en aquella época el transporte de Guadalajara á la capital era muy cos-

toso y solía tardar semanas enteras en la diligencia) los padres y la novia se quedaron suspensos oyendo en la esquina de la calle en que vivían el airecillo que en una flauta solía tocar el enamorado Brambila.

Disimularon los tres, los padres por no poner en antecedentes á la hija, que tal vez nada habría oído, ésta por no recordar que alentaba aún aquel novio de provincia que no tenía los encantos que ella creía descubrir en la media docena de pollastres insubstanciales que se le acercaban en las tertulias que solía frecuentar.

Pepe se desollaba los labios soplando en su flautita; enviaba cartas á la señora de sus pensamientos refiriéndole las peripecias de su terrible viaje á pie, sin bastimento y sin dinero; le decía cómo desde el día siguiente al de su salida, él había emprendido aquella larga caminata de ciento sesenta leguas, y por todos los santos y santas del cielo le pedía que le concediera una cita. La novia se callaba prudentemente, sin hacer caso de amagos ni de instancias, y aunque una noche se lanzó Pepe hasta á cantar en plena calle de Plateros aquella famosa canción con letra de Payno y música de Ortega, y que empezaba

Conquisté en Salem divina...

la muchacha no hizo maldito el caso y dejó desairados al cantante y á su música.



Una noche se propuso Brambila armar el gran escándalo, matar á la infiel, ó por lo menos demostrarle en voces muy altas diciéndole cuántas eran tres y dos; pero en el momento que se acercaba la chica le detuvieron cuatro brazos que sin ruido le sacaron del paseo del Zócalo llevándole á la Diputación, á la presencia del gobernador Baz.

— Señor Gobernador, dijo Pepe furioso, soy víctima de un atropello, de una confusión, de no sé qué. Sin culpa, sin motivo me saca de la plaza pública...

— ¿Qué iba á hacer usted?

— A saludar á una familia paisana mía.

— Algo sería más que el saludo.

— Sí, señor, iba á arreglar un asunto privado.

— Ya va saliendo...

— Un asunto privado que no podría constituir un delito.

— No, amigo, dijo Juan José, vamos hablando en plata: usted iba á insultar, quizás á causar daño á la familia de un diputado amigo mío, á causa de que cree tener derecho al amor de la hija de ese amigo.

— Y le tengo.

— No me interrumpa usted: no hay derecho ninguno cuando el interesado no quiere.

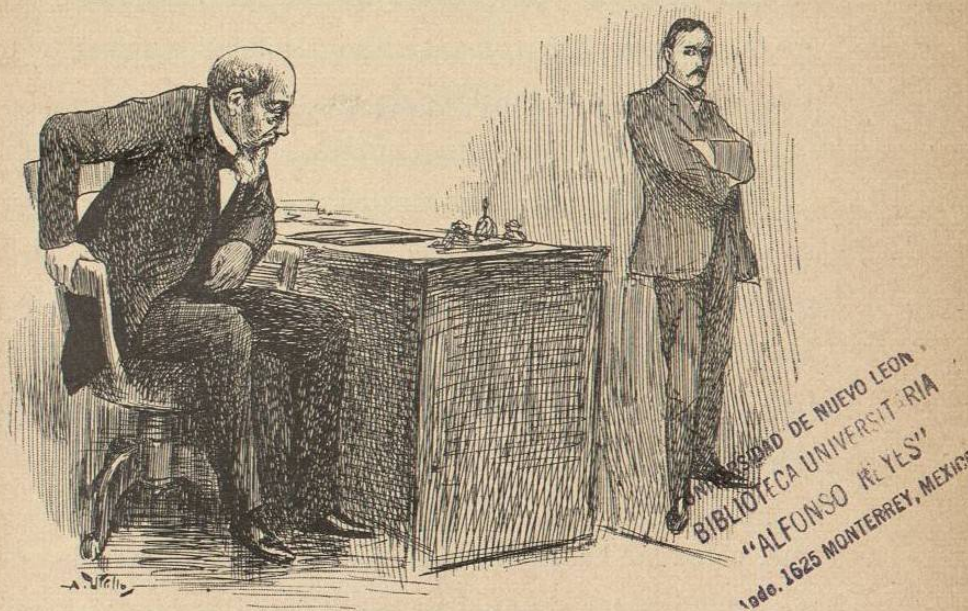
— Pues ella quiere, señor Gobernador.

— Tan no quiere, que se casa dentro de dos ó tres

semanas con un capitalista muy conocido mío que le da su mano y su fortuna.

— Pero eso no es cierto...

— Le he dicho á usted, exclamó Baz de buen talante, que no me interrumpa, y no sólo me interrumpe, sino que me desmiente. Yo no tengo necesidad de mentirle;



pero si usted piensa que faltó á la verdad, pásese por la casa dentro de una hora, procure ver lo que sucede en la sala y ya me dirá si tengo razón... Pierde usted el tiempo, amigo mío; pierde usted el tiempo y eso es indigno de un Amador, dijo Juan José dándose por conocedor de la amadoresca leyenda, de que estaba enterado como buen tapatío. Yo puedo proponerle á usted algo mejor: se